

CAPÍTULO II

EL PERÍODO COLONIAL. RESULTADO DEL CONFLICTO DE LAS DOS CIVILIZACIONES.
PREPONDERANCIA DE LA MINERÍA. ESTANCAMIENTO DE LA AGRICULTURA. EVOLUCIÓN DIVERGENTE
DE LOS GRANDES FACTORES COLONIALES. SUPREMACÍA CRECIENTE DEL ORGANISMO CLERICAL
DENTRO DEL PODER CIVIL. ESTADO GENERAL DE LA AGRICULTURA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.
EMANCIPACIÓN DE LA COLONIA

La colosal aventura realizada por un puñado de españoles al comenzar la tercera década del siglo XVI, habría sido de todo punto imposible si el estado sociológico de la población indígena hubiera permitido apoyar la resistencia sobre la base de un organismo nacional medianamente consolidado. Pero según acabamos de exponer, la perpetua hostilidad de las diversas tribus en sus relaciones externas, y aun el mecanismo interior de cada agregado en masa atomística, aparentemente compacta, estaban vinculados en la fuerza por único elemento de adherencia y de equilibrio, y por lo tanto, el advenimiento de un factor extraño, operando como causa perturbadora y desintegrante, debía favorecer la eclosión violenta del fermento de odio y de rivalidad, incubado durante siglos, y acelerar la descomposición completa del sistema en un precipitado de residuos sin consistencia alguna. El conquistador aprovechó hábilmente esa efervescencia de rencores; y cuando la ciudad sagrada de los meshi cayó al empuje de las muchedumbres indias, lanzadas por él contra los aborrecidos aztecas, nada pudo ya oponerse á la disolución de aquellas agregaciones humanas, sobre cuyos esparcidos y desmoronados componentes se alzó, dominador é irresistible, el rígido organismo militar, político y teocrático, trasplantado de la España católica y monárquica á las misteriosas y vastísimas regiones reveladas al viejo mundo por la estupenda audacia de Cortés.

Terminada la obra de sangre por el sometimiento de las tribus aborígenes, las dos civilizaciones quedaron frente á frente, y la magna tarea de la reconstrucción social, que habría de dar por resultado la nacionalidad de hoy, debió forzosamente modelarse sobre las tendencias divergentes y los elementos heterogéneos de las dos razas en contacto; propulsora la una, resistente y tenaz la otra, pero ambas sometidas á las transformaciones lentas del medio natural, de los cruzamientos inevitables y necesarios, y de la acción á distancia de la masa metropolitana, directora á veces ineficaz, pero siempre activa, de la evolución de la Colonia.

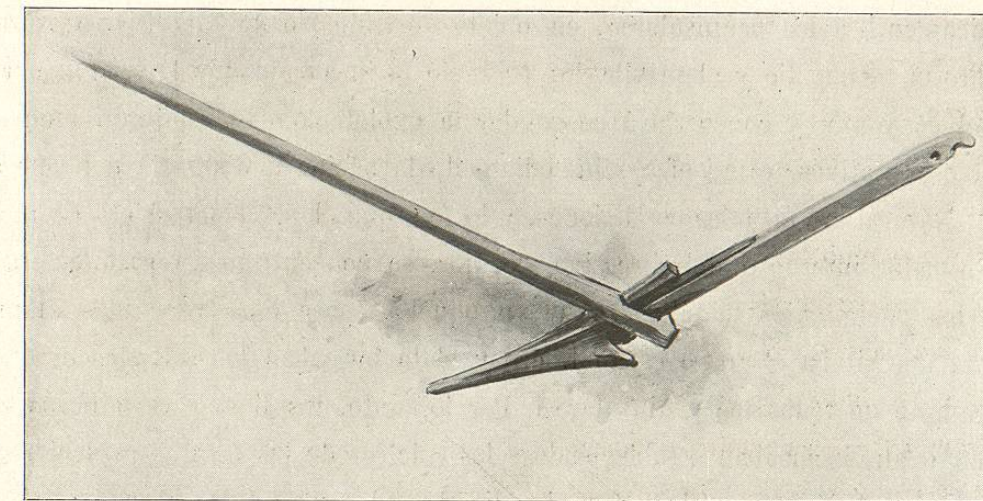
El primer paso dado por los conquistadores para afirmar su dominación fué trascendental, porque el repartimiento de los indios como ganado humano, como bestias de carga, como meros instrumentos de trabajo á beneficio del jefe y del soldado, sin responsabilidades ni limitaciones, volvió á colocar el nuevo régimen sobre la base del rencor y del odio antiguos; y aunque más tarde las instituciones religiosas y las encomiendas suavizaron la esclavitud de los vencidos y una parte de la población indígena pudo vivir en relativa libertad, formando miserables comunidades aisladas entre sí, la separación de razas, á la manera de las primitivas castas, puso de un lado á todos los explotados y del otro á los explotadores. Abrióse así, desde entonces, un abismo entre ambas civilizaciones, destinadas racionalmente á compenetrarse, y la Colonia asumió el aspecto de un vasto mecanismo de fabricación de fortunas personales y de rentas para la Corona, entre cuyos engranajes iba diezmándose á gran prisa el censo de los sometidos y agostándose sus energías.

El celo evangélico de los misioneros logró evitar la extinción completa de la raza, y trató de endulzar la obra de la espada infiltrando en el alma de los oprimidos la resignación y la esperanza, por paciente labor educativa, apoyada en la enseñanza de la religión cristiana.

Fué de esta manera el fraile el mediador natural entre el español y el indio, y su benéfica influencia

en defensa y en favor del último, no sólo le procuró su tutela permanente, apoyada en la sanción legal, sino que contribuyó más que la fuerza misma á consolidar la conquista sobre bases duraderas, porque vino á constituir el órgano de penetración hasta el fondo de las masas de los elementos civilizadores, aportados por el hombre blanco, y á acopiar los materiales del puente futuro destinado á salvar el abismo abierto por la ferocidad primera de los conquistadores. La obra del fraile habría sido más grande que la epopeya misma del ejército de Cortés, si más tarde no hubiera degenerado lamentablemente y si desde el principio no hubiera limitado y empequeñecido la expansión de sus efectos, la ausencia de uno de los más fecundos educadores de la especie humana: el hogar, y especialmente la mujer.

En el cruzamiento, en efecto, de las razas en contacto sólo intervino el elemento varonil español. La mujer indígena tratada como hembra, víctima de todas las violencias y de todos los caprichos del hombre blanco, su señor y dueño despótico é irresponsable; degenerada hasta los límites de animal sumiso y resignado pasivamente á la tiranía de la función genésica; instrumento, más bien que agente, de una nueva raza, que debería ser la intermediaria entre la opresora y la oprimida, el vínculo de unión entre ellas y más tarde la genuina raza nacional, no pudo llevar al cruzamiento forzado, como elementos fisiológicos predominantes, más que su propia inercia y su estoicismo de sierva sufrida y despreciada. Y de esa mezcla del orgullo y altivez del soldado español y de la apatía é indolencia de la india, resultó el carácter del mestizo, de arranques rápidos y luegros abatimientos, de viveza deslumbrante é inconstancia incurable, de ardor apasionado y de abandono rayano de la incuria; carácter que, no modificado por la educación del



Arado antiguo

hogar, sino al contrario, sublimado por las influencias del clima y del medio artificial, fué fijándose en la descendencia como típico de la nueva población.

Esbozándose, por tanto, desde las primeras décadas de la Colonia, los lineamientos de su futura evolución, marcándose con claridad el rumbo de cada uno de sus factores generales. El europeo, ávido de riquezas y de poderío, se dedicó especialmente á la minería, á las funciones administrativas de orden político, al comercio y al acaparamiento de la tierra; el mestizo, á las pequeñas industrias, al pequeño tráfico y á los servicios de orden privado, que, partiendo de la domesticidad, se elevan hasta la esfera habitual de las ocupaciones de las clases medias; el indio, relegado al bajo fondo, reducido á proveedor común de fuerza muscular gratuita para todos los trabajos rudos, agrícola ó minero, de carga ó transporte; y el fraile y el clérigo, por último, elementos á veces lubricantes, á veces aglutinativos y cohesionadores de los demás en ejercicio, á arraigar lentamente la futura preponderancia de un organismo colosal en la entraña misma del poder civil, por la continua absorción de la riqueza territorial, el dominio creciente sobre la masa indígena, de la que se adueñó al fin como de cosa propia, y la incontestable dirección de la conciencia religiosa de las clases dominantes de la época.

Los cuatro grandes factores reseñados, obedeciendo á la tendencia diversa de su propia índole, ni siguieron caminos convergentes á un fin común bien definido, ni lograron suavizar las asperezas de las superficies en contacto, para ir disminuyendo resistencias y sorteando obstáculos, sino que, abandonados al azar de su propio impulso, afirmaron su individualidad heterogénea y antagónica en una yuxtaposición cada vez más divorciada de los intereses fundamentales de un organismo equilibrado y vigoroso. El núcleo español, compuesto de aventureros y de funcionarios, no tuvo nunca la menor idea de colonizar, trasplan-

tando al nuevo mundo una parte considerable de su raza, para desarrollarla en él como una expansión de la patria, sino de explotar la vena de fortunas rápidas y de productivos cargos; y como ese núcleo era el dominante, el más activo, el más tenaz, el más ávido, y su integración se mantenía con elementos informados en idénticas tendencias, el sistema llamado «colonial» tomó el aspecto definitivo de un parasitismo en provecho sólo del conquistador.

El poder político de la metrópoli, que, apenas triunfante de la larga guerra árabe, se encontraba de improviso en posesión de vastísimos dominios reputados de riqueza fabulosa para henchir las agotadas cajas de su erario; y con un derivativo inapreciable en donde desahogar el exceso de la soldadesca vagabunda, peligrosa por su ociosidad y su miseria, procuró, ante todo, mantener su nueva adquisición en el más completo aislamiento de todo contacto con los otros pueblos europeos por una vigilancia tan celosa y desconfiada, que vino á ser de hecho una muralla, más eficaz que la de China, y establecer y consolidar su régimen administrativo interno, como una inmensa oficina de elaboración de rentas para la Corona y de provechos para el comercio y la industria de la nación dominadora. Con tales fines, el sistema creado en la Colonia, además de centralizar en el virrey todos los resortes del mecanismo del Gobierno, obligó á vivir en un marasmo intelectual á la masa de la población; convirtió los empleos y cargos públicos, reservados únicamente á los peninsulares, en objeto de tráfico ó de favoritismo; fundó la administración económica sobre el monopolio y el privilegio; protegió la incapacidad y la apatía, abriéndoles asilo fácil en la oficina y el convento, y concurrió á consolidar la explotación, en conjunto y en detalle, de la tierra con sus pobladores nativos, como efecto inmediato de la acción á distancia del cuerpo político metropolitano.

Natural era en tales condiciones, y lo fué, que el principal objeto de las energías combinadas del núcleo dominador interno y del directivo exterior, se concentrara de preferencia en la busca y aprovechamiento de los yacimientos metálicos, que en aquella época eran reputados «la riqueza por excelencia.» Oro y plata necesitaba el trono español, oro y plata buscaban los soldados de Cortés, oro y plata eran el anhelo incesante de todos los peninsulares. Por lo tanto, los filones metalíferos fueron los centros de atracción, á cuyo alrededor iban estableciéndose los núcleos de las futuras poblaciones y ciudades del país, siguiendo su conformación orográfica, pero irradiando del centro á la circunferencia á medida que las expediciones exploradoras iban descubriendo nuevos criaderos explotables.

Esa preferencia absorbente de todas las actividades hacia la tesaurización metálica, relegó la agricultura á una esfera inferior entre los agentes impulsivos de la prosperidad de la Colonia, imprimiéndole desde su origen un carácter de estrecha dependencia con la minería, de la cual hubo de seguir siendo mera tributaria. Los frutos lentos é inseguros del cultivo de la tierra, las dificultades y tardanzas de su venta por falta de caminos, insuficiencia de los consumos é imposibilidad de exportación, no eran condiciones adecuadas á despertar gran interés en espíritus aventureros y ávidos de fortuna. Los conquistadores no trajeron un séquito de labriegos, sino de soldados; por lo tanto, no fueron á la agricultura más que los incapacitados para la existencia febril de la labor minera; los inútiles para los cargos públicos, ó los perezosos y holgazanes, que, no sintiendo inclinación á la disciplina de los claustros, encontraron cómoda la vida del señor gratuito de un terruño con su lote de esclavos para su servicio. Así, por efecto de esa selección depresiva, el personal agrícola director hubo de reclutarse primeramente entre el desecho de la población peninsular de la Colonia. Más tarde, el español, enriquecido en la mina, fué acaparando la tierra por amor á las tradiciones de su raza, que hacían de ella la fuente de los fijosdalgo y la base de la nobleza señorial, tan importante por sus influencias en las altas esferas políticas del Gobierno, y tan codiciada por sus privilegios y franquicias. Y como la legislación, con sus vinculaciones y sus mayorazgos, favorecía aquellas tendencias á la concentración de grandes propiedades, transmisibles indivisas á la descendencia para perpetuar el nombre de familia y prestigiar su brillo, el anhelo de adquirir más y más vastas posesiones obedeció mejor al instinto de vanidad aristocrática que al estímulo de desarrollar las grandes elementos agrícolas del país por explotaciones proporcionadas á la extensión de las tierras adquiridas.

Así, las corrientes de elementos directores que debían fecundar y transformar la retardada y deficiente

industria agrícola de los indígenas, concurren á concentrarla y mantenerla estancada en pocas manos; abandonada á la indolencia y la rutina, y, por lo tanto, cohibida en su futuro desarrollo orgánico, por la incapacidad inicial de sus principales propulsores. La importación de los animales domésticos y del arado árabe, instrumentos de fuerza y trabajo superiores á la estaca de madera endurecida y al simple esfuerzo muscular humano, no mejoraron sensiblemente los métodos de la labor rural, como era de esperarse, ya porque durante siglos permanecieron fuera del alcance de la miserable población indígena, usados tan sólo por los grandes propietarios en las fracciones insignificantes que destinaron al cultivo en las inmediaciones de los poblados y de los Reales de minas, ó ya porque la abundancia del trabajo gratuito de la masa popular nativa, hacía preferible éste á la inversión de capital en compra y conservación de ganadería y de útiles mecánicos. Tan profundamente arraigó en la costumbre esta preferencia por la labor manual, que aun hoy domina en el sistema común agrícola del país, á pesar de los inmensos adelantos realizados en los implementos de trabajo, y á pesar de todas las demostraciones de la superioridad y excelencia del aparato perfeccionado sobre el rudo y tosco instrumento primitivo.

Esa distribución tan imperfecta de la propiedad territorial, cuyo primer efecto fué desconectar al indio del amor al suelo, ahogando en él toda idea de patria y rompiendo toda comunión futura de intereses entre dominadores y dominados, produjo resultados de tal trascendencia á través del tiempo, que por sí solos bastarían para explicar el encadenamiento lógico de los acontecimientos que prepararon, no solamente el fenómeno político



Pirámide de Tusapan

de la emancipación de la Colonia, sino el desequilibrio orgánico de la nueva nacionalidad; desequilibrio que la mantuvo por más de medio siglo en continuas convulsiones internas y en peligro constante de desintegración total. Estancada la tierra en manos de un pequeño número de grandes propietarios, las vinculaciones y los mayorazgos fueron concentrándola en una sola clase social formada de peninsulares y de criollos, hijos primogénitos de españoles, cuya educación, conforme á las ideas de la época, se fundó en el desprecio del trabajo personal, considerado vil y degradante cuando era retribuido con dinero, para todo hombre bien nacido, é indigno del caballero y del hidalgo. El heredero de la fortuna territorial allegada por el padre, no debía descender á ocuparse por sí mismo de las miserias del cultivo, ni de la gerencia industrial de sus bosques y ganados, sino que, consagrado á la gran vida de los placeres y del lujo en la Corte virreinal, entregaba á manos mercenarias el manejo de su patrimonio y el cuidado de proveer á las necesidades de su rango, con el más ingenuo desdén por las pequeñeces de su administración.

La agricultura colonial siguió por lo tanto el sendero rutinario de los mecanismos, que no siendo impulsados por una fuerza constantemente activa, tienden á mantenerse en estado de inercia ó de reposo, ofreciendo resistencias y frotamientos cada vez mayores al movimiento intermitente é irregular que estimula sus funciones.

Abandonada la tierra al cuidado de administradores mezquinamente retribuidos y sin intereses propios en los resultados de la explotación, el cultivo se contrajo á las capacidades del consumo local y á la redu-